

Omán: desarrollo interior, inseguridad exterior

Darío Valcárcel

Hay países aparentemente menores como Kuwait, capaces sin embargo de llevar a 26 naciones a la guerra; o Panamá, al que la geografía regaló hace un siglo el canal; o Suiza, convertida a lo largo de siete siglos en una de las áreas de concentración de inteligencia del planeta. Omán, con dos millones de habitantes y una extensión territorial parecida a la de Gran Bretaña, es uno de estos países claves, un elemento de estabilidad internacional con el que es necesario contar en una de las regiones más turbulentas de la Tierra. La posición privilegiada de Omán no depende hoy de su fuerza económica o militar sino de dos factores: el primero, la situación en el mapa, es en principio inmutable. Decimos “en principio” porque las fronteras han cambiado y siguen cambiando a través del tiempo. El sultanato de Omán, controla con Irán la entrada al golfo Pérsico. El sur del país se abre al Índico, con una breve frontera que lo separa de los Emiratos Árabes Unidos y otra mucho mayor que lo separa del poderoso vecino saudí por un desierto impracticable que lo convierte casi en una isla; al Oeste, la frontera con Yemen permanece guardada por las mejores instalaciones electrónicas, militares y de observación del sultanato. Esto por lo que respecta a las condiciones geográficas.

El segundo gran factor que juega hoy a favor de Omán es la racionalidad con que el sultán y su gobierno han afrontado la modernización del país a lo largo de los últimos veinte y cinco años. Las prioridades han sido razonablemente establecidas, los programas de desarrollo razonablemente ejecutados. El resultado es un país notablemente moderno en su vida diaria, en sus infraestructuras y en la organización de su territorio; también en el aspecto y el tono vital de sus gentes, más libres y menos recelosas que los habitantes de otras monarquías de la península arábiga o de los regímenes autoritarios de la zona, leáse Yemen, Siria o Irak. Estas primeras consideraciones pueden parecer en exceso favorables al país de Simbad, pero los hechos están ahí.

Darío Valcárcel es director de POLÍTICA EXTERIOR.

Omán tenía seis kilómetros de carretera asfaltada en 1970: no seiscientos, sino seis: la breve ruta unía los puertos vecinos de Máscate y Mutrah. El país tiene hoy más de mil kilómetros de autopistas y cinco mil de carreteras. Hace treinta años no existían servicios civiles en el sentido moderno del término: hoy funcionan con normalidad los hospitales y las escuelas, las refinerías y los aeropuertos. Se ha inaugurado una gran universidad con una serie de facultades y escuelas sólo para mujeres, que ocupan el 65 por cien de las plazas: un caso único en el mundo árabe. El sultanato cuenta con unas fuerzas armadas bien entrenadas y dotadas de armamento de última generación, con una reserva de oficiales y técnicos formados en Estados Unidos y Francia. Hay líneas aéreas con aviones limpios y vuelos puntuales, jardines limpios, carreteras limpias. La limpieza de este país islámico y tropical es una de sus señas distintivas. El contraste con los países vecinos es visible en grado de civilización, también en márgenes apreciables de libertad.

Frente a todo lo anterior, conviene señalar algunos peligros: el sistema político que representa el sultán Qaboos bin Said Al-Said es un sistema frágil por varias razones: la primera es el tiempo. El sultán ha comenzado la reforma política, de modo que la nación pueda apoyarse dentro de algún tiempo en un entramado de instituciones. La reforma se está llevando a cabo en estos años –comenzó en 1970– pero se desarrolla a partir del otorgamiento personal de soberanía que el sultán hace en favor de ciertos cuerpos intermedios (regionales, municipales, religiosos, tribales) que existen, hoy apenas diseñados, en la sociedad omaní. Nadie garantiza que el proceso emprendido pueda culminar con éxito puesto que todo gira todavía en torno a un sistema de concentración de poder, decidido a dejar de serlo.

La segunda interrogante es la persona: el sultán Qaboos tiene 54 años. Casado pero pronto divorciado, no cuenta hoy con una línea sucesoria. Existirá quizás en el futuro, pero no existe hoy. El sultán tiene buena salud y ha demostrado un notable sentido político. Es respetado como uno de los pocos hombres de Estado con que cuenta el mundo árabe. Pero la monarquía de Omán no tiene en su haber la ventaja de otras monarquías, esto es, el automatismo sucesorio, garante de la inmediata continuidad, como ocurre en los casos de los vecinos jordano o saudí.

La tercera fragilidad procede del exterior: Omán es hoy un ejemplo de prosperidad en una zona maltratada por la inestabilidad política, la demografía incontrolada y la pobreza. A pesar de la defensa que aporta el océano protector, Omán está cerca de Pakistán, de la turbulenta Cachemira, de la costa oeste de la India. La no lejana ciudad de Bombay tiene en su área metropolitana diez veces la población del sultanato. La presión migratoria es constante. Omán dedica el 30 por cien de su presupuesto a Defensa y Seguridad, pero la política demográfica de una nación como ésta no puede depender tan sólo del esfuerzo policial.

Cuarto y último: el petróleo. Quizás más que ninguno de sus rivales de la zona, ha avanzado Omán en un diseño económico no exclusivamente dependiente de los hidrocarburos. Pero es necesario reconocer que el

desarrollo actual –sobre todo en lo referente a educación e infraestructuras– no hubiera podido llevarse a cabo sin los ingresos obtenidos por extracción de petróleo y gas, de donde procede hoy el 75 por cien de la renta nacional.



El desorden de los mercados mundiales, con precios a la baja, ha forzado a Omán a aumentar su producción desde 204 millones de barriles anuales en 1986 hasta 300 millones en 1993¹. Aunque es cierto que existen esperanzas razonables sobre nuevos yacimientos de crudo y gas, en el

interior y en la costa, con unas reservas estimadas en 4.900 millones de barriles, el ritmo actual de extracción no iría más allá del año 2010.

Con una breve interrupción al norte, Omán se extiende por mil quinientos kilómetros de costa desde el estrecho de Ormuz a las interminables playas del Índico, con su arena blanca, casi siempre intacta y su paisaje de prospecto turístico. Las montañas y el desierto –en su versión más temida en el *Empty Quarter*– han aislado a Omán, primero de los beduinos, más tarde del desmesurado vecino saudí: desmesurado por su dimensión, su riqueza y su rígida aplicación de la ortodoxia islámica en la vida pública.

La tradición omaní es muy distinta. No estamos ante un pueblo sin raíces sino ante una vieja nación cuya vida, desde la islamización hasta hoy, ha depositado a lo largo de trece siglos capas distintas y superpuestas en la cultura y los comportamientos colectivos. En contraste con los hombres del desierto, el antiguo reino de Máscate y Omán ha vivido durante los últimos veinte siglos abierto al mar.

El lector interesado por el origen histórico del sultanato puede consultar, entre otras, la obra de la profesora Patricia Risso, de la Universidad del Estado de Illinois², y su estudio sobre la segunda mitad del siglo XVIII, momento crucial para Omán: en 1770-1780, los omaníes liberan los enclaves hasta entonces controlados hasta finales del siglo XVII por los portugueses y comienza la gran evolución del país, desde el régimen religioso dominado por el poder temporal del imán hasta un sistema secularizado en el que el poder político queda vinculado a la monarquía hereditaria. Inevitablemente, la creencia religiosa seguirá impregnando al poder secular, como sucede en el mundo islámico. Pero la llegada de la dinastía Al bu Said separa el poder temporal del liderazgo religioso. Este decisivo cambio operado por la monarquía unifica al país desde la península de Musandam, en el Estrecho, hasta el puerto de Sur: aproximadamente la mitad norte de la costa que hoy posee Omán.

El comercio marítimo se afirma como una de las claves de la historia nacional. Durante siglos han podido percibirse las oscilaciones de una tensión permanente entre la costa y el interior, dos mundos que se separaban o aproximaban a tenor de la cambiante relación de fuerzas. El interior, basado en la agricultura y la ganadería, vive bajo la influencia de los ulemas en la organización tribal; la costa, en constante contacto y pugna, primero con los navegantes portugueses, luego con las compañías británicas, holandesas o francesas, en una competencia sin pausa por el comercio de Oriente y la ruta hacia los grandes puertos de la China meridional. El lector que observe los mapas comprenderá que Omán es la escala indispensable para dos rutas: la que penetra hacia el fondo del golfo, esto es hacia Basora y los puertos de Mesopotamia; y la que permite continuar, desde la costa de África oriental la navegación de Vasco de Gama, por la costa malabar hacia los estrechos, rumbo a Cantón. En ambas derrotas los enclaves omaníes de Sur, Máscate, Mutrah y Sohar son puertos vitales. Y es así como la historia de Omán, a lo largo de los últimos cinco siglos, está dominada por la intensidad del movimiento comercial: ruta de la seda y de las especias de un lado, difícil relación

con el vecino persa por otro: en fin por el pequeño pero rentable imperio naval de la costa africana, con las posesiones de Kilwa, Zanzíbar y Mombasa, bases principales del comercio de esclavos.

En el gran cambio de 1780 desempeña un papel de primer orden el componente religioso, elemento determinante en la formación del país. Frente a las dos grandes ramas que dividen la herencia islámica – ortodoxia suní, disciplina chiíta– Omán permanece al margen de ambas fiel al ibadismo. Frente a los suníes, que aceptaban la continuidad del liderazgo religioso a través de sucesivas estirpes, más o menos vinculadas a la familia del Profeta, los ibaditas rechazaban todo vínculo hereditario en la dirección del islam. Por su parte, la causa chiíta sostuvo durante siglos la defensa de una doctrina esotérica en la persona de Alí, yerno del Profeta, y su perpetuación en una línea de descendencia que garantizaría imanes infalibles³. Los ibaditas rechazan también esta tendencia: su enseñanza teológica ha sido, a lo largo del tiempo, más abierta y dialogante; su doctrina jurídica más racionalista y menos restrictiva, por simplificar en términos occidentales el complejo mundo de la creencia musulmana. La rama ibadita partía de Basora: aunque el moderno ibadismo no acepte por demasiado simple esta versión histórica, el movimiento nacía como derivación de los Khawarij –de los que tomó la jurisprudencia y la práctica jurídica– mientras se nutría de la tradición teológica Mutazila.

Tanto los suníes como los chiítas rechazan violentamente las ramificaciones Mutazila y Khawarij. Los ibaditas mantuvieron desde el principio obediencia directa a los dos primeros sucesores del Profeta, los califas Abu Bakr y Ornar, casi siempre con un espíritu más pluralista y abierto, más dialogante, con amplitud para recibir en su seno distintas facciones y familias de pensamiento, sin ser por ello menos fieles a la revelación contenida en el Corán. Aunque los ibaditas consiguen anclar sus raíces en el interior del país, es cierto que su doctrina –contraria a la tradición omeya del liderazgo dinástico– penetra también en los puertos. La comunidad musulmana, para los ibaditas, debe desvincularse de la genealogía: se abre paso una idea más moderna del imán, como líder elegido en un régimen de meritocracia, al que la comunidad puede destituir en caso de incompetencia o indignidad. Estos supuestos –inadmisibles en el rígido mundo de los suníes del Norte– se adaptan mejor a una sociedad menos dependiente de la tradición agraria, más condicionada por la cultura cambiante que representa el mar: la riqueza y las ideas, los riesgos e innovaciones que llegan del mar. La costa tiene, sin embargo, una vida más activa, menos rutinaria: las ciudades de la costa son conquistadas y perdidas por unos y otros incluyendo los diversos conquistadores europeos. La base de la población omaní, en los siglos XVII y XVIII, es una fuerte mezcla de persas y antiguos beduinos convertidos con el paso de las generaciones en hombres de mar. En ese compuesto de navegantes, guerreros y comerciantes ha de abrirse camino el islam ibadita.

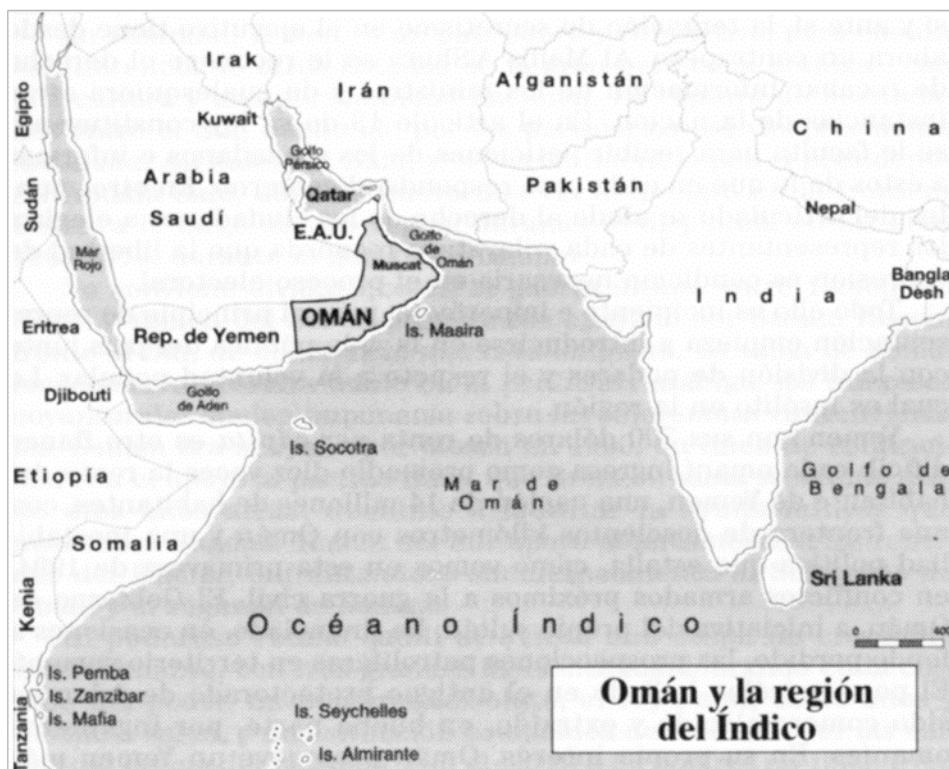
Quizá esa tradición de mayor liberalidad, tan alejada de la tradición suní como del chiísmo, haya permitido al Omán de hoy una actitud de respeto a otras religiones, no compartida, ciertamente, por otras monarquías

árabigas. El sultán, por ejemplo, autorizó la apertura de la única iglesia católica de Máscate pagando luego de su peculio la construcción de este templo.

En la modernización de Omán ocupa un puesto de protagonista el sultán Qaboos: él ejerce el poder como heredero de la dinastía que realizó el primer gran cambio hace dos siglos. Estamos ante una figura muy distinta de los monarcas de la zona. La condición esencial en este caso no ha sido el poder hereditario, sino el deseo de cambio, la capacidad de organización y el orden de prioridades. Formado en el empirismo británico – academia militar de Sandhurst, Derecho en Warwick– el sultán comprendió en los años sesenta lo que representaba, por su potencial transformador y su carácter efímero, la aparición del petróleo. Comprendió que contaba con pocos años para salir de la sociedad tribal y entrar en la revolución industrial. Al contrario de sus colegas de los emiratos, renunció a la vacuidad de la riqueza especulativa y optó por modernizar la nación. Los grupos de trabajo que rodean al sultán creen en la virtualidad convertible del petróleo y, en efecto, durante veinte años el crudo extraído del subsuelo se ha convertido en vías de comunicación, hospitales, fábricas y refinerías. Pero esto es sólo un escalón para lo que verdaderamente se intenta: a lo largo de estos años se han dado 130.000 becas y se han comprado muchos billetes de avión. Los omaníes han viajado a las universidades de América y Europa, y han aprendido distintas ingenierías, derecho, medicina, economía, cirugía... La mortalidad infantil ha descendido a un ritmo desconocido en el mundo árabe. Las enfermedades infecciosas han desaparecido: los índices de vacunación han alcanzado niveles occidentales. La esperanza de vida se ha casi duplicado en una generación. Uno de los mejores centros de óptica del mundo funciona en la Universidad de Máscate. En 1965 había un solo médico titulado de pasaporte omaní, pero trabajaba fuera del país. Hoy ejercen su profesión en el sultanato 1.350 doctores, en todas las especialidades de la medicina. Dicho así podría pensarse que la simple exposición de estos hechos equivale a un toma de posición en favor de la política del sultanato, y no es así. Con la descripción de la realidad se trata de abrir la discusión sobre ella.

El problema consiste en averiguar si habrá tiempo en dos generaciones para formar minorías dirigentes capaces de modernizar la nación. En otra escala y otro tiempo, esto fue el Japón de 1868, cuando el emperador Meiji empujó al país a dar un salto de gigante, desde la Edad Media hasta la sociedad industrial, en los treinta últimos años del siglo pasado. Hoy por hoy las reservas de petróleo no van más allá de dos décadas en el caso de Omán, aunque poco a poco se descubren nuevos yacimientos. La producción actual es de 300 millones de barriles por año y las reservas probadas de 4.900 millones. A este ritmo los ingresos procedentes del petróleo se esfumarían en menos de veinte años. Pero hay otro gran recurso –el gas– en manos de Omán, discretamente silenciado hasta hoy. Al final ha sido preferible dar estado público a las reservas existentes: el sultanato cuenta con esta segunda rampa de despegue y va a utilizarla en el momento que el mercado lo aconseje. El gas natural licuado es un bien más buscado que

el petróleo: es más manejable y versátil, más limpio en sus emisiones carbónicas. Hace pocos meses Omán reconoció poseer unas reservas gasísticas de 600.000 millones de metros cúbicos. En noviembre se firmó un pre-acuerdo con el Gobierno de Nueva Delhi para tender un gasoducto de 1.200 kilómetros bajo el Índico, a 3.000 metros de profundidad, para enlazar las costas de Máscate y Diu, en la costa de Kutch, al este del subcontinente: una inversión superior a los 5.000 millones de dólares que incluirá, además, dos refinerías de petróleo próximas a Bombay. El proyecto podrá realizarse en tres años y bombar al subcontinente 50 millones de metros cúbicos de gas por día.



En este punto conviene analizar tres hechos: la política de venta de gas a otros mercados (Japón de un lado, Europa del Sur de otro); la prospección, que continúa, puede dar nuevas sorpresas; y la inversión derivada de las nuevas explotaciones, tanto en infraestructuras como en desarrollo del *know-how* y la ingeniería omaní, que empiezan a abrirse paso como una de las más competitivas en el sector.

Los ingenieros omaníes por ejemplo son responsables de construir el nuevo gasoducto que enlazará los yacimientos de Kazajstán con el mar Negro. El inspirador de esta política de venta de servicios es el holandés Hermán Franssen, asesor del ministro del petróleo, al que se debe el diseño del futuro gasoducto bajo el Índico.

El problema central de esta sociedad emergente es la configuración de su futuro. Cuando se pasea por el puerto de Mutrah, por el zoco de Nizwa o las calles de Salalah, el viajero ve un pueblo asombrado de su propio esfuerzo. El avance ha sido espectacular y se ha llevado a cabo en un plazo muy corto. Los omaníes se muestran en general confiados, pero algunos no pueden ocultar su preocupación ante el porvenir. Preocupación doble: en este momento existe ya una sólida plataforma de bienestar y desarrollo, pero sólo podría mantenerse con instituciones estables. Por otra parte, Omán es un país de pequeña población, en un área más que comprometida, rodeado de amenazas exteriores.

La ausencia de instituciones representativas está siendo encarada con no poco valor por el poder dominante, esto es, el monarca. Pero conviene insistir en lo ya dicho: a diferencia de otros regímenes de la zona, hereditarios o republicanos –todos despóticos– Jordania y Omán son las dos excepciones: en ambos países la apertura democrática es prudente, excesivamente gradual si se quiere, pero inequívoca. En ambos casos también, el proceso se hace a partir del prestigio personal de los dos monarcas, Hussein de Jordania y el sultán Qaboos.

No sería razonable esperar en el Medio Oriente un proceso de democratización súbita bajo fórmulas occidentales, al ejemplo de España o Portugal. Pretender algo así es desconocer el mundo árabe, basado históricamente en la autocracia cerrada. Lo que cuenta son los márgenes reales de libertad que poco a poco empiezan a distinguir a unos regímenes de otros: no es comparable la pequeña pero efectiva apertura del sistema marroquí –con *alguna* oposición, *un principio* de pluralismo, *cierta* libertad de prensa, debate *más o menos* abierto sobre algunas cuestiones mayores– y la represión sin fisuras del régimen argelino durante las últimas tres décadas; no puede compararse Jordania, pobre y sin petróleo, pero con un parlamento elegido, y Arabia, otro caso de poder monolítico, implacable frente a cualquier discrepancia; ni puede compararse la progresiva apertura de Omán con los regímenes policiales de los emiratos vecinos.

El sultán ha instaurado en 1991 una asamblea con identidad jurídica propia e independencia administrativa. Se trata del Majlis A'Shura, integrado por 59 miembros representantes de las 59 provincias (wilayats) del sultanato. Es un cuerpo elegido: cada wilayat designa tres candidatos, seleccionados “entre los dignatarios del wilayat y los ciudadanos de experiencia y sabiduría”. De los tres elegidos en cada terna, sólo uno será designado miembro de la asamblea, por un mandato renovable de tres años. El sultán nombra al presidente de la asamblea, pero la mesa y las dos vicepresidencias son elegidas por los 59 miembros. El artículo 8 de la ley constitutiva del Majlis A'Shura establece como función de la asamblea “asistir al gobierno en todo lo concerniente a la sociedad omaní y sus valores y hacer propuestas al gobierno”. El artículo 9 precisa otras funciones de la asamblea “que actuará como una entidad de control e iniciativa”. Entre otras funciones figura la revisión del presupuesto y la intervención en los planes de desarrollo. Además, identificará problemas emergentes, defenderá el medio ambiente, fortalecerá los lazos entre gobernantes y gobernados y

emitirá dictámenes sobre las propuestas del sultán. Una asamblea de estas características asegura al menos una cierta ventilación de los problemas nacionales, de las informaciones y corrientes de opinión: el consejo de ministros no puede decidir por sí y ante sí, la tentación de secretismo en el ejecutivo tiene desde ahora un contrapeso. Al Majlis A'Shura se le reconoce el derecho de recabar información de los ministros y de cualesquiera otras instancias de la nación. En el artículo 13 de su ley constituyente se le faculta para recibir peticiones de los ciudadanos e informar a éstos de lo que en cada caso responda el gobierno. En otros puntos del articulado se alude al derecho de los ciudadanos a elegir a los representantes de cada wilayat; se recuerda que la libertad de expresión es condición necesaria en el proceso electoral.

Todo ello es incipiente e imperfecto: pero el principio de representación empieza a introducirse en la vida pública del país junto con la división de poderes y el respeto a la voluntad popular. Lo cual es insólito en la región.

Yemen con sus 700 dólares de renta *per cápita* es otro flanco difícil: cada omaní ingresa como promedio diez veces la renta del habitante de Yemen, una nación de 14 millones de habitantes, con una frontera de doscientos kilómetros con Omán y una inestabilidad política que estalla, como vemos en esta primavera de 1994, en conflictos armados próximos a la guerra civil. El Gobierno de Omán, a iniciativa del propio sultán, ha financiado, en ocasiones a fondo perdido, las prospecciones petrolíferas en territorio yemení. El poco petróleo hallado en el antiguo protectorado de Aden ha sido comercializado y extraído, en buena parte, por ingenieros omaníes. En su propio interés, Omán promueve un Yemen más ordenado y más rico, frente a la explosiva situación actual.

Las hostilidades entre las dos facciones en lucha, desencadenadas el 5 de mayo, nos recuerdan la provisionalidad de la reunificación: en efecto, en 1990 Yemen del Norte y Yemen del Sur vuelven a constituir un solo Estado. En abril de 1993 se celebraban las primeras elecciones, en un esfuerzo democratizador alentado desde Jordania y Omán. De manera distinta a Omán, Yemen ha representado, frente al vacío del desierto saudí, un principio de organización social, consolidado alrededor de algunos centros urbanos: frente al nomadismo de los beduinos del norte, en Yemen nacen varias ciudades-estado, algunas bimilenarias, basadas en la agricultura de regadío, con instalaciones estables que sobreviven hasta hoy. Las dos minorías dirigentes de Aden, en el sur, y Sanáa, la capital, trescientos kilómetros al norte, han mantenido desde hace medio siglo un signo de interrogación sobre las fronteras trazadas en 1934-1935 por el protectorado británico de Arabia del Sur, por el que se concedían al reino saudí las zonas de Assir y Jizzan: estamos ante un contencioso de 80.000 kilómetros cuadrados que debería resolverse pacíficamente mediante la renovación cada veinte años del acuerdo fronterizo. Casualmente es este año, en que estalla el conflicto armado, debe renovarse el acuerdo entre Yemen y el reino saudí.

En resumen, Yemen es un país pobre y conflictivo, pero cuenta –a diferencia de otros Estados de la gran península arábiga– con una cultura y

una personalidad nacional. La ruptura de hostilidades entre el Sur, dominado por los partidarios del vicepresidente socialista, Alí Salem al Baid, y el Norte, liderado por el presidente Alí Abdalá Salé, abre de nuevo una vía de peligro en la frontera Oeste, a lo largo de una región duramente disputada en los años 1963-1976, durante la guerra de Dhofar.

No conviene olvidar que en la guerra última entre Yemen del Norte y Yemen del Sur el primero fue apoyado por Sadam Husein frente al Sur, de obediencia marxista-leninista. La tabla de homologaciones no resulta fiable en la península arábiga: los intereses coyunturales suelen imponerse sobre las referencias convencionales. Sadam era apoyado por Moscú en 1990, en línea de continuidad con el apoyo al partido Baas, que Breznev había sostenido desde diez años atrás, decidido a facilitar la ayuda militar que necesitara Bagdad. Yemen del Sur apoyó abiertamente a los rebeldes del Dhofar, enfrentándose simultáneamente al Sultanato de Omán y al régimen de Sadam.

El poderoso vecino saudí atraviesa una etapa de creciente incertidumbre, con tres grandes facciones maniobrando en la cúspide del poder, un monarca absoluto, el rey Fahd, de 73 años y mediana salud, y una situación económica deteriorada por las caídas del precio del petróleo, con el barril a 30 dólares en 1990, frente a los 14 dólares de este año. El crecimiento del PIB rebasó el ocho por cien en 1990, fue del cinco por cien en 1992 y se prevé un crecimiento negativo del -3,5 por cien en el año en curso.

Irán, el otro gran vecino petrolero, ha acumulado una deuda exterior de 32.000 millones de dólares, mientras el gobierno de Teherán acentúa el retraso de sus pagos. Entretanto, el poder político y el poder religioso agravan sus diferencias y fricciones: el Gobierno de Rafsanjani no consigue que los líderes que dirige el ayatola Jameini voten el segundo plan quinquenal, que debía haber entrado en vigor en marzo. El desmesurado gasto militar de Irán choca con el esfuerzo modernizador de Rafsanjani. El déficit presupuestario aumenta, la inflación crece y la paridad de la moneda se deteriora: desde 1.540 a 2.800 rials por dólar en el curso de los últimos doce meses.

India y Pakistán guardan en su población (1.010 millones de habitantes) las dos grandes amenazas demográficas a Omán. En ambos casos hay, sin embargo, tendencias modestas pero claras de progreso económico en los años noventa. Las exportaciones crecen en India a un ritmo del 20 por cien en los últimos diez meses; la inversión extranjera ha pasado de 100 millones de rupias en 1991 a 700 millones en 1993. Después de la última cosecha, las reservas de cereales de la Unión han alcanzado los 23 millones de toneladas. La tasa de crecimiento industrial se ha reducido con los últimos ajustes, aunque ha aumentado a un promedio del 8,5 por cien anual en diez años consecutivos, 1981-1991. Sube en 1993 el déficit público, hasta el 7,4 por cien. La inflación descendió al siete por cien en 1993 pero ha vuelto a crecer en el primer trimestre de 1994 hasta el 11 por cien.⁴

El gigante indio tiene una necesidad perentoria de energía y no podrá encarar las dos próximas décadas sin nuevos proyectos de suministro como el gasoducto que proyecta construir con Omán.

En Pakistán, el mercado de trabajo tiende a mejorar, especialmente en el sector agrario. Aumenta la puesta en marcha de pequeñas empresas industriales y de servicios y crece la agricultura intensiva en la cuenca del Indo. Pero el PIB sigue estancado en 48.000 millones de dólares (diez veces menos que España) con una renta individual algo superior a 400 dólares por habitante: cada omaní cuenta por tanto con algo más de doce veces la renta del pakistání. La costa de Pakistán se encuentra a poco más de 400 kilómetros de Omán.

A primera vista parece claro que los peligros mayores que acechan a Omán proceden del exterior: al suroeste del sultanato, más allá de Yemen, en la otra orilla del Indico, el África negra (la cadena de diez naciones que comienza en Somalia y acaba en Mozambique con Etiopía, Sudán, Kenia, Tanzania, Uganda, Ruanda, Zaire y Zambia) aparece envuelta en la peor crisis del planeta; al este, Irán, Pakistán y la India lanzan señales repetidas de inestabilidad; tampoco es tranquilizador, al norte, el cambiante mosaico de los hermanos islámicos con el proceso de paz árabe-israelí sometido a crecientes amenazas. A pesar de todo, la suerte de Omán sigue dependiendo de las reformas políticas que puedan garantizar un futuro con instituciones representativas, una sociedad más abierta con pluralismo político reconocido y una creciente racionalidad económica. Son conceptos ciertamente fáciles de invocar. Pero parece claro que el poder personal y hereditario ha tenido el buen sentido de avanzar en esa dirección. Sólo de la conjunción de esas tres condiciones puede darse lo que Omán necesita: libertades civiles, economía en crecimiento después de agotadas las reservas de gas y petróleo y una diplomacia capaz de defender a un pequeño pueblo de la presión exterior.

No conviene desconocer el peso de Omán, socio aparentemente menor en el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) que agrupa a las seis petromonarquías de la península: Arabia Saudí, Qatar, Bahrein, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos y Omán. El CCG nace en 1980 ante la llegada al poder del ayatola Jomeini: de los seis Estados miembros del Consejo, Omán es el más pobre. Y sin embargo es hoy, con la excepción del gigante saudí, el gobierno con mayor capacidad de negociación: ante el régimen de Irán, ante la dictadura personal de Sadam, ante otros riesgos emergentes. En este punto es necesario volver sobre la figura del monarca omaní, que ha demostrado una rapidez de movimientos y una información claramente superior a la de sus colegas: lo cual ha sido patente en el seno del CCG, en la negociación de los árabes con Israel y en la relación con Estados Unidos. Despues del despliegue en la operación "Tormenta del Desierto", Washington tiene en la península arábiga dos interlocutores permanentes, en Riad y en Máscate.

Una conclusión se impone, cuando se abre el interrogante entre el tiempo que pasa y la paulatina puesta en marcha de nuevas instituciones. Ni la negociación diplomática –que en Omán ha de ser permanente– ni la creación de un tejido empresarial, ni el alumbramiento de nuevas fuentes de riqueza puede hacerse sobre la estrecha base del poder personal. Lo que define al Estado moderno es precisamente la amplitud de su base y la

multiplicidad de cuerpos intermedios que, en la administración y en el sector privado, animan la vida pública.

Pensamos en un campo –el turismo– en el que España podría colaborar en Omán: un país en el que existe seguridad, buen nivel de vida, clima agradable durante seis meses al año, antigua cultura y gran belleza natural es un territorio con posibilidades ciertas de desarrollo. Omán apenas rebasó los 70.000 visitantes en 1993 pero podría alcanzar el millón de turistas y añadir un renglón sustancial a su balanza de pagos, si de aquí al final del siglo se desarrolla una política competitiva ante los mercados europeos. España ha tratado de vender en Omán ingeniería y construcción. Pero podría aprovechar su experiencia en el sector turístico para abordar con inversores del sultanato alguna iniciativa común.

Por supuesto las cadenas Intercontinental y Holiday Inn han abierto hace años sus hoteles en las playas omaníes. Pero casi todo está por hacer en este terreno: no hay en Europa una idea clara de lo que ofrece el país de Simbad. No se sabe que Omán es una nación llena de sorpresas: nadie puede sospechar lo que es el fuerte de Bahía, un gigante preislámico en medio de las montañas, con sus torres de adobe sobre una extensión de palmeras que se pierde hasta el confín de la cordillera. Ni es menor el sobresalto del viajero cuando encuentra en el castillo de Nizwa los cañones del siglo XVII con las armas de Portugal y el toisón español sobre el bronce de la culata. En lo alto del Dhofar pasadas las montañas salinas de Thumrayt, trabajan los arqueólogos en Shisr; aquél era uno de los cruces en la ruta del incienso, abierta hace tres mil años y restablecida ahora gracias a los satélites: era la que tomó probablemente uno de los tres reyes al seguir la estrella, al comienzo de nuestra era, por la orilla del mar Rojo, para inclinarse ante el niño que acababa de nacer en las proximidades de Jerusalén. En las playas del Indico –Salalah, Marbat– todavía se parte el coco de un golpe de machete para ofrecer el agua refrescante al extranjero que llega.

El papel internacional de Omán cobra una fuerte significación cuando se proyecta sobre los regímenes de la península arábiga. Ese enorme territorio de tres millones de kilómetros cuadrados es una región cargada de interrogantes.

El sultán Qaboos ha mostrado en sus 24 años de reinado una notable capacidad de mediación. Intervino con éxito en la suspensión de hostilidades que puso fin a la guerra Irán-Irak; logró convencer a Bagdad de que aceptara las inspecciones de la ONU sobre armas químicas y desarrollo de ingenios nucleares; ha sido uno de los elementos más activos en la preparación de la firma del acuerdo de Washington, de 13 de septiembre de 1993, entre Israel y la OLP. Ahora trata de emplearse a fondo en el difenso Yemen-Arabia Saudí, esencial para la estabilidad árabe. Los territorios en litigio, hoy en posesión de los saudíes, tienen valor petrolífero y Yemen reclama un acuerdo equitativo. Es un pleito de gran complejidad en el que Estados Unidos se inhibe por ahora.

Omán será defendido por sus amigos occidentales si se mantiene como un elemento de estabilidad a la entrada del golfo Pérsico, un interlocu-

tor respetado por casi todos los árabes (incluidos los gobiernos de Damasco y Bagdad), un negociador capaz de influir en el Gobierno iraní. Haber logrado todo esto a partir de un Estado de dos millones de habitantes no es un mal resultado. Pero se vuelve inevitablemente a la cuestión del principio: no se configurará un futuro viable si no se aprovechan al límite dos grandes condiciones que se dan hoy: un monarca innovador y unos ingresos extraordinarios y pasajeros, procedentes del subsuelo.

Si el sultán Qaboos consigue instalar en la vida pública una efectiva división de poderes, con mecanismos de control frente a la corrupción, un principio de información libre y una justicia independiente, la nación saldrá adelante, a pesar de sus limitaciones demográficas. Todo esto rebasa las características propias de una sociedad islámica, aunque la fuerza de la fe religiosa sea un elemento capital del proceso. Quizá la interpretación más humana y realista de la ley coránica contribuya al equilibrio de la sociedad omaní. Si el proceso se frustra o el sultán muere antes de tiempo, Omán volverá a ser uno más: un Estado menor, más bien pobre, sin libertades, de los varios que se asoman a las aguas del Golfo. Por eso la obra emprendida por el sultán tiene esa característica rara y siempre eficaz a lo largo de la historia: transformar un poder personal en una clase ilustrada primero y en un entramado de instituciones después. La creación de esa clase dirigente y esas instituciones es el gran envite de Omán en este final de siglo.

Notas

¹ Central Bank of Oman, *Quarterly bulletin*, diciembre 1993.

² Patricia Risso, *Oman & Muscat, an early modern history*, Londres: Croon Helm, 1986.

³ M.A. Shabon, *Islamic history, a new interpretation*, Cambridge University Press, 1971.

⁴ *Le Monde-Economie*, 24 mayo 1994, pág. VIII.